



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

Reflexiones sobre una persecución

He experimentado un poco lo mal que lo pasa la gente cuando sufre una persecución y se lastima su honra. Es una experiencia parecida a la que siente quien se va a fracturar la columna vertebral: que se va a tratar de desnaturalizar su ser personal. Pero ¿qué se descubre cuando es uno mismo el que lo padece? Permítanme algunas reflexiones al hilo de esta experiencia enriquecedora, de lo que sucedió el 20 de junio de 2005, en lo que yo llamo el 20-J.

Entiendo la libertad humana como interdependencia. Todos dependemos de todos. Lo podría demostrar empíricamente, científicamente, lógicamente, e incluso teológicamente. Ninguna persona es la que es si no tiene relaciones personales. Las relaciones personales nos configuran, no en la sustancia, sino en la identidad personal, como la persona que somos.

Ningún "yo" puede concebirse como "yo" si desde siempre ha estado aislado. Todo "yo" se descubre a sí mismo de un modo nuevo y más rico, especialmente cuando una nueva luz ilumina sus zonas oscuras. Esa nueva luz emerge en el escenario de la vida personal cuando el "yo" se encuentra con un "tú". En esas circunstancias, cualquier "yo" se transforma en un "yo" más auténtico, más macizo, más vigoroso, más riguroso, más maduro, estando ya preparado para dar de sí todo lo que tiene.

El solipsismo, el enterramiento, el hermetismo en el propio "yo" no sirve para nada. O mejor dicho sí, sirve para algo negativo, pues está en la génesis de las personalidades narcisistas.

Lo propio de la persona consiste en un ser que no es para sí, ni en sí, ni tampoco para la muerte, sino que es "un-ser-para-los-demás". No es que donde yo acabo empieza el otro hombre, no. Es que en el origen de mi "yo" está el "tú", sin el cual yo no sería el "yo" que soy.

Por otro lado, en nuestro país, que se llama España (conviene recordarlo), una persona ha afirmado que es la libertad la que nos hace veraces. Esto no es verdad. Prueba de ello es que hay posiciones muy clásicas en la filosofía tradicional que, después de muchos siglos, se mantienen en pie, vivas y coleando. El hombre y la mujer no somos libres frente a la verdad.

La libertad viene después de la verdad. Es la verdad la que nos hace ser libres. Es la verdad la que, al saber cada uno quién es, nos hace conducirnos mejor. Es la libertad de saber cómo funciona un coche -la verdad acerca de lo que es un coche- la que nos da más garantías para no estrellarnos. La verdad de saber qué es un país es lo que nos da más garantías acerca de hacia dónde debe ir y cómo ha de conducirse. Por tanto, lo que nos hace libres es la verdad, el conocimiento de la verdad.

La otra proposición es que el hombre no es libre frente a la verdad. Ante la verdad, sumisión, que puede ser servil y dócil o puede ser más racional, lógica y fundamentada, allá donde la inteligencia llega al límite del pensamiento que le aconseja que, aunque no lo entienda, debe servirla. Frente a la verdad no somos libres.

Pero cada día hay más miedo a la verdad y casi ha huido de muchos contextos sociales, entre ellos, por ejemplo, de la Universidad. Por eso al actual mundo académico le auguro un futuro no muy feliz. Creo que no vamos a formar universitarios ni universitarias que saquen lo mejor de sí mismos. La universidad actual es un modelo obsoleto. Hoy vamos hacia una universidad en la que los alumnos van a aprender a hacer recortables. Y los profesores han de vigilar cómo los alumnos hacen recortables. Hacer recortables es coger un muñequito de papel y cortarlo, y luego pintarlo, y luego presentarlo.

En el nuevo Plan de Bolonia, las clases magistrales se reducirán a tres por año. La labor del alumno se reduce a jugar con el ordenador, a mandarse mensajes a sí mismo o a bajarse información a través del móvil. Todo esto me parece que es muy lamentable.

De todas formas, hay que seguir en el tajo -y todavía estoy en él, tanto en la clínica como en la universidad-, y lo que hay que tratar de hacer es formar y ofrecer algo que valga la pena a la siguiente generación, que se va a encontrar en una sociedad muy fragmentada, muy rota en su consenso. Sin duda alguna, hacer pie en la sociedad actual es casi imposible.

Piensen, por ejemplo, en un chico que dentro de poco tenga 28 años. ¿Saben cuál ha sido el itinerario que ha seguido? Incluso a pesar de haber tenido unos padres muy trabajadores, muy pendientes de su educación y de ser muy buenos padres que se hayan preocupado de su formación religiosa.

La biografía de ese chico va a ser algo parecido a lo siguiente: nace en una clínica privada; a los seis meses, escasos, va a una guardería infantil, donde empieza a socializarse. Desde los seis meses a los tres años y medio la persona que comparece más en su intimidad, la que más le enseña y con la que más se relaciona, es una polaca que nunca habla castellano y se comunica mediante gestos. De los tres años y medio a los nueve le cuida una chica croata que es muy sensible y habla un castellano que no es de la Península Ibérica. A los nueve años y medio entra en casa una filipina con la que se entiende muy bien, sobre todo, por los gestos y la dulzura de sus expresiones. En realidad, ese chico no sabe quién le ha influido más de estas tres



personas que se han cruzado en el camino de su joven vida. En cualquier caso no está seguro de que sea su madre la persona que más le ha influido en su vida: una señora rara, nerviosa, un poquito estresada, que grita, que sale al amanecer y vuelve al anochecer. No, no puede saber de quién ha recibido más.

En la vida universitaria estamos viviendo la generación del *piercing*. El 80% de mis alumnos lleva *piercing*. Y son muchos los reflejos de esta costumbre. El *piercing* es todo un mito, enormemente complicado, aunque las personas que lo llevan son también gente muy *enrollada*, muy maja. A mí personalmente no me supone ningún esfuerzo hablar mucho con ellos. Este fin de semana he hablado con tres alumnos a fondo. Son de los que te piden hablar de temas de los que yo creo que no es prudente hablar en el contexto de una tutoría y, por tanto, lo que hago es proponerles hablar algún sábado o domingo fuera de la universidad. Así hablamos directamente de persona a persona y no como profesor y alumno.

De lo que pasó el 20-J, daré dos pinceladas, tres, cuatro... Tengo que reconocer que, efectivamente, lo pasé mal. Lo cual es una demostración de que soy de carne y hueso, cosa que ya sabía desde hace cuarenta años de ejercicio profesional, porque también sufro con cada paciente al que ayudo. No tanto como él, porque entonces nos echaríamos a llorar y habría que buscar a un tercer psiquiatra que nos tratara a los dos. Pero si es un sufrimiento lo suficientemente importante como para pasarlo mal. Es necesario tratar de apelar a la razón, de manera que se establezca la necesaria distancia entre el psiquiatra y el paciente que permita, no sólo compadecerse del otro, ser el otro, compartir el dolor del otro, sino también reconocer que se es distinto del otro al que es preciso ayudar con los conocimientos científicos de que se dispone. Sin ese talante no se puede hacer una buena psiquiatría. Pero el 20-J lo pasé mal. La mañana del 21-J, muy mal.

Ese día se me ocurrió una idea que puse en marcha. En lugar de paladear el sufrimiento me dije a mí mismo: no voy a dejar de trabajar en lo que estoy trabajando por lo que ha ocurrido. Voy a seguir estudiando, a seguir viendo enfermos, a seguir dando clases. Comprobé que esto me vino muy bien, porque entonces necesitaba especialmente y mucho más de mis enfermos y mis alumnos.



Al mismo tiempo tomé otra decisión: la de clasificar los *e-mails* que recibía, que eran miles, según fueran positivos o negativos. Algunos los leía por entero; otros entre líneas. Tampoco me detenía en los muy positivos, porque mi pobre abuela está ya enterrada desde hace muchos años y no es bueno prestar demasiada atención sólo a lo positivo. Lo que me estaba sucediendo, además, tampoco era nuevo. Cinco años atrás ya había tenido amenazas de muerte de estos caballeros, por lo que la experiencia que estaba pasando tampoco era tan dolorosa..., no había que exagerar.

El trabajo, en aquella situación, fue para mí la mejor de las terapias: ocuparme, cada minuto, en lo que la agenda decía que había que hacer, como si el 20-J jamás hubiera existido. Pero el 20-J existió. Y eso marca, eso me marcó para el post 20-J.

Además, encontré muchísimo apoyo después del 20-J en especialistas y colegas de EE.UU. y de distintos países latinoamericanos, a los que sí tengo que expresar aquí mi agradecimiento. Por ejemplo, a esta cena han querido venir colombianos, argentinos, mexicanos, peruanos, chilenos, a los que con frecuencia anual doy algunas clases y seminarios. También allí los *tan-tanes* del movimiento gay y del *lobby* gay, como se pueden ustedes imaginar, suenan con ardor guerrero, y quieren estar preparados y disponer de más formación.

Durante esos días estaba preparando seis libritos, de no más de 150 páginas cada uno, con temas diversos, todos ellos relacionados con la conducta homosexual. Consideré oportuno no negarme a seguir trabajando e investigando sobre el tratamiento de un problema que causa mucho sufrimiento humano y en el que tengo bastante experiencia. Aunque sólo fuera por conmiseración humana y brutal exigencia de mi profesión, no podía negarme.

Las personas a las que estoy tratando con estos problemas -y estaba tratando con anterioridad al 20-J- con un nuevo procedimiento psicoterapéutico mucho más sistemático que los que están disponibles en las recientes publicaciones, van generando buenos resultados. La mayoría de las estadísticas acerca de la terapia de la homosexualidad coinciden en manifestar que en alrededor del 30% de las personas tratadas se consigue bloquear, aliviar y/o modificar la

atracción sexual por personas del mismo sexo. De las ochenta personas que he tratado con esta nueva terapia, el 42% ha conseguido cambiar su anterior atracción homosexual por la heterosexual. Lo que, sin duda alguna, me ha proporcionado una gran alegría. Este año se han casado cinco ex-pacientes, y uno de esos matrimonios heterosexuales ya espera su primer hijo para enero.

Por lo general no considero resuelto favorablemente este trastorno hasta después de tres años de seguimiento, con dos consultas por año.

En cualquier caso, me bastaría con que una sola persona que tenga una conducta de atracción por personas del mismo sexo pudiera modificar su comportamiento, estilo de vida, actitudes autocompasivas, y su capacidad de coordinar, ensamblar e identificar en la unidad su sexo y su género.

En este punto hay que distinguir entre ese comportamiento y la ideología gay. No piensen ustedes que desde que se acabó la ideología marxista, que sometió bajo su bota durante ochenta años a toda Europa (y no digamos en los ámbitos académicos, en los que lo único que se consideraba "ciencia" era el materialismo científico), ya no hay más ideologías. Esto no es verdad. Hoy la ideología de género, probablemente con una clientela muy parecida a aquella, tiene más fuerza y puede ser más destructiva que la ideología marxista. Esta nueva ideología trata de destruir la familia. Es preciso recordar que sin familia no hay persona, y sin persona no hay sociedad y sin sociedad no hay Estado.

Una última cuestión me gustaría comentar. Si cada mujer asume la errónea convicción de que adquirir libremente el compromiso de tener un hijo es complicarse la vida -porque supone obstáculos insalvables al proyecto que tiene como persona y como profesional-, entonces, no nacerá ningún niño.

¿Dónde está la causa de todo este problema? Cabe establecerla muy lejos, a principios del siglo XX, cuando el feminismo radical derivado de la Escuela de Frankfurt optó por esta posición.



¿Cuál es el otro elemento necesario de esta tenaza para que no haya familia? Que lo masculino entre en crisis, como hoy ha entrado. Los varones se están transformando en "osos de peluche". Es lo que hay en nuestra sociedad, desgraciadamente. No porque todos los varones experimenten esa conducta de atracción..., no, no. No. Sino porque no han mostrado ni robustecido su virilidad como capacidad de tomar responsabilidades, de proteger y amparar a los otros. Hoy son muchos los que nada saben del esfuerzo ni de la masculinidad, y por eso no se atreven a exigirse a sí mismos.

Este es el otro elemento de la tenaza: el hombre es cada día menos hombre en su casa, la hombría está en decadencia, la paternidad se perfila como innecesaria, lo varonil está en desprestigio. Esta es la crisis abierta en la masculinidad, Pregunten a cualquier sobrina, alumna, amiga o joven que tenga menos de 20-25 años, si encuentra o no un chico que valga la pena.

Como consecuencia de esa crisis, la mujer también está en crisis. Si el hombre es de peluche, porque está en crisis la masculinidad, ¿dónde está hoy la mujer? La mujer lo que no quiere hoy es compliarse la vida, vivir-para-otro. La mujer no quiere cargarse con dos hijos -lo que supondría un grave obstáculo para su desarrollo y prestigio profesional-, y todavía menos "cargar" con ese otro "hijo" que es su marido, al que tiene que cuidar porque no sabe cuidar de sí mismo.

Hoy se estima que en la población femenina europea, en edad fértil, el 80% de las mujeres ha optado ya por no casarse con nadie y no formar ninguna familia. ¿De dónde va a salir, entonces, la familia?

Sin familia no hay sociedad y sin sociedad no hay Estado. Sin Estado no hay medidas coercitivas, ni leyes, sino caos. ¿En una sociedad caótica pueden disolverse los valores, por supuesto vulnerables, que eran como el estandarte que singularizaba a esa cultura? ¿Es que acaso no puede extinguirse una cultura? Sí, hay muchas que han perecido. Eso es lo que, a mi entender, está hoy en juego.

Lo que no debiera admitirse es que una mujer de 25 o 30 años tenga las aspiraciones y la inmadurez que son propias en una quinceañera. Una quinceañera quiere todo, ya y ahora: ser la primera de su clase, la primera en conducir vehículos, la primera en la alta direc-

ción de las empresas, la primera en los numerosos viajes profesionales que realiza por semana, la primera en las páginas de la sociedad mediática y, naturalmente, la primera y mejor esposa, la primera antes que su marido porque para eso gana más que él, etc. No se puede ser en todo la primera, porque es imposible, porque ninguna mujer es dios, por muy *superwoman* que sea.

La mujer es madura cuando sabe que elegir es renunciar. La experiencia de la libertad se hace más espesa y real cuando se elige. Pero cuando se elige, lo primero que ocurre es que se renuncia, se renuncia a algo que se acerca bastante al infinito o al menos a lo indefinido. Elegir es renunciar. Y, a su vez, elegir es también comprometerse. ¿Por qué? Porque cuando la libertad queda comprometida, la persona se enriquece con lo que ha elegido. Gracias a ese compromiso la libertad se acrece, se mejora, aumenta su densidad y extensión. Cuanto mayor es el compromiso, mayor es la libertad. Cuanto menor sea el compromiso, tanto más agónica es la vida de la libertad. Cuando no hay ningún compromiso la libertad entra en agonía, deja de cumplir su función y acaba por extinguirse. Esto es lo que, a mi parecer, hoy no se entiende.

Si he de ser sincero, reconozco que lo que más me sirvió en aquellas circunstancias fue escuchar un mensaje que conservo muy bien guardado. Era un *mail* de una señora con un hijo varón recién nacido. Me contaba lo que ella veía en su hijo y experimentaba como madre, y al final de su mensaje me decía: "le doy la enhorabuena por ser tan valiente, pero le exijo que a su edad siga siendo valiente. Cristo no se bajó de la cruz, Juan Pablo II no se ha bajado de la cruz..., usted no se puede bajar de la cruz".

Aquilino Polaino

Racionalidad económica y trabajo en el mundo moderno

Habitualmente, resulta una tarea ardua para una persona no experta enfrentarse a la Economía con esperanzas de llegar a disfru-

